

LA HERENCIA DE LAS ENTRAÑAS

Juan Emmes

Esta no es la historia del mineral que ilumina ciudades. Esta es la historia del carbón que ardía en nuestra cocina, en la estufa de hierro fundido que mi abuela encendía con sus propias manos, surcadas de grietas donde la tierra se había quedado a vivir para siempre. Esas manos que nunca sostuvieron un pico, pero sostenían el silencio pesado que traía mi abuelo de las entrañas de la tierra.

Él bajaba, pero la mina no se quedaba abajo. La mina era una entidad trepadora que subía en su sudor, se instalaba en las arrugas más profundas de su piel como en vetas abiertas; era la ceniza constante que flotaba en nuestra sopa, el sabor amargo de cada cucharada. Mi abuela aprendió a respirar ese aire espeso, a leer en la negrura de las uñas de mi abuelo el pronóstico del tiempo familiar. Su batalla, entonces, no fue contra la tierra, sino contra lo que emanaba de su interior. Su vida fue un forcejeo eterno con el polvo negro que se posaba sobre los muebles, sobre los marcos de las fotos, sobre el aliento de sus pulmones, como una nieve sucia y perpetua que acarreaba un invitado no deseado a su hogar. Fregaba y fregaba, hasta enrojecer la piel de sus manos, pero la mina es una mancha que no se va con agua y jabón; es una segunda piel, un recordatorio de un origen.

Yo fui la primera. La primera en no tener que lavar aquel polvo de la ropa, en no ver el agua del cubo teñirse de gris ceniza. Me mudé a un mundo de aire limpio, creyendo que era una desarraigada. Pero el tiempo ha ido excavando en mi propia carne, y siento cómo lo llevo dentro. No en la piel, no en las uñas. Es más profundo, es la veta oscura y brillante que me recorre la espina dorsal, la memoria de un frío que solo ella conoció, la tenacidad callada de quien calienta el mundo con un fuego que no crea llamas, sino hogar. Una resistencia elástica y tenaz que no es solo mía; es la de mi abuela fregando y avivando el fuego con la mirada perdida en las llamas.

Ahora lo sé. Nuestra mina no tenía galerías de piedra. Sus túneles eran los pasillos de aquella casa, sus vetas eran las líneas en las palmas de sus manos, y su mineral más valioso no era el que alimentaba las máquinas. Nuestro carbón no se medía en toneladas. Era el que ardía en sus miradas, lento y constante, un fuego de combustión silenciosa que no buscaba iluminar nada, sino simplemente sostener la vida. Un fuego que no quemaba, sino que purgaba. Ella calentaba el mundo con una llama que nadie veía, para que yo pudiera, por fin, nacer en una luz que no manchara. Y ahora que no está, veo esa veta oscura de su memoria en la herencia que me dejó.